

La historia medieval en las escuelas: ¿una visión deformada?

Alberto Luque Pendón

Universidad de Lleida. aluque@hahs.udl.es

Fecha de recepción del artículo: junio de 2007

Resumen

A menudo se acusa a los libros de texto escolares de transmitir una imagen falsa, peyorativa, de la Edad Media. Aunque semejantes reproches puedan parecer nuevos, las protestas contra la hostilidad a la Edad Media, que rechazan el tópico del oscurantismo medieval, han estado a la orden del día durante los dos últimos siglos. Sin embargo, es muy difícil encontrar en los modernos libros de historia nada que justifique la acusación de haber exagerado las tinieblas medievales. En general, los historiadores modernos, tanto liberales como socialistas, han mantenido una opinión favorable de las instituciones y la cultura medievales, llegando incluso a encomiar la obra de la Iglesia como resguardo de la civilización, pero sin ocultar sus aspectos irracionales y reaccionarios. Las acusaciones que Jacques Heers y Jeffrey Burton Russell dirigen contra una presunta falsificación de la historia medieval apuntan explícitamente contra la influencia del darwinismo y el anticlericalismo, lo cual nos pone sobre la pista de sus verdaderas motivaciones ideológicas.

Palabras clave: historiografía, historia medieval, planes de estudio, mito, anticlericalismo, secularización.

Abstract

School text books are often accused of transmitting a false, pejorative image of the Middle Ages. Although reproaches of this type may seem new, they have been very frequent during the last two centuries. Nevertheless, it is very difficult to find in modern books of history something that justifies the accusation of having exaggerated the medieval darkness. In general, liberal or socialist historians have maintained a favourable opinion of the medieval institutions and culture. They have even praised the work of the Church as a safeguard of civilization, but without attempting to hide its irrational and reactionary characteristics. The accusations made by Jacques Heers and Jeffrey Burton Russell against a presumed falsification of medieval history go explicitly against the influence of "Darwinism" and "anticlericalism"; this awareness puts us on the track of their true ideological motivations.

Keywords: historiography, medieval history, school curricula, myth, anticlericalism, secularism.

Es universal el vicio de renovar periódicamente las opiniones generales sobre una materia docente, de manera que podamos distinguirnos de nuestros abuelos por un cierto número de diferencias tópicas. Algunos de los cambios así operados son sólo aparentes: lo que a menudo acontece no es en absoluto una revisión crítica —ya sea repentina o progresiva— de las ideas heredadas, sino un simple olvido. La afición a la renovación está naturalmente más agudizada entre los intelectuales que entre las capas menos ilustradas de la población. A duras penas hay disciplina alguna en que el deporte de la tabla rasa y la dialéctica fascinadora de la innovación no constituyan las vías más seguras del éxito efímero —y a veces también del éxito perdurable. En la enseñanza, o más exactamente en la serie histórica de los planes de enseñanza, desde la escuela primaria hasta la universidad, tenemos un territorio privilegiado en el que las renovaciones, reales o fingidas, se dan de un modo explícito y diafanizado, *institucionalizado*. El origen intelectual de los *aggiornamenti* pedagógicos es casi siempre manifiesto y puede fácilmente vincularse con la tarea de los investigadores más activos de cada época, es decir con las ideas científicas generalmente aceptadas en cada momento¹. Algunas veces, la causa principal de las revisiones metodológicas no es otra sino una lucha generacional por los puestos de trabajo². Ni que decir tiene, las revisiones pedagó-

cas pueden también estar sometidas a la influencia de modas culturales de naturaleza diversa.

Los motivos de malestar forman siempre una pequeña parte de la práctica de toda disciplina. Pero los historiadores docentes, y en particular los medievalistas, tienen muchos más motivos para estar satisfechos que para estar decepcionados de sus logros y su influencia. Con todo, también se producen quejas contra errores imaginarios. Quiero aquí llamar la atención sobre una pequeña fracción de las manifestaciones de insatisfacción que planean siempre como un espectro sobre las discusiones metodológicas y que tienen en las críticas a la enseñanza su territorio privilegiado. En particular, examinaré las muy reiteradas suspicacias contra la presunta divulgación de una imagen deformada, peyorativa, de la Edad Media en conjunto.

Las declaraciones revisionistas no se han dejado de manifestar ni un minuto durante dos siglos, y no obstante han sido siempre casi las mismas quejas. Una de dos: o bien en este dominio no se ha producido nunca el menor cambio (o «avance», si se quiere), o bien se ha clamado contra errores que no existían. La primera posibilidad me parece absurda. Trataré de demostrar que se trata de la segunda: especialistas e ideólogos han estado disputando durante dos siglos contra fantasmas, o por motivos diferentes a los que explícitamente se han declarado. Procuraré poner de manifiesto que este permanente malestar, esta inextinguible suspicacia respecto a todo lo que haya de decirse sobre la Edad Media no tiene su base ni en las investigaciones de los eruditos, ni en la lucha generacional, ni tampoco en las simplificaciones docentes, sino en un conflicto mucho más amplio, ni más ni menos que el de la *secularización del mundo*.

Comencemos, por afán de claridad, por el final, declarando la conclusión a que llegaremos: la enseñanza de

¹ No siempre, claro. Un ejemplo: actualmente podemos hallar en muchos libros de texto un explícito reflejo de convicciones generalizadas que adecuadamente calificamos como «políticamente correctas» (feministas, ecologistas, cultural-relativistas, etc.). El origen de estas ideas dominantes puede vincularse a una producción científica, pero su expresión última está mediatizada por un proceso de divulgación lleno de malentendidos y de distorsiones ideológicas.

² Dos ejemplos ya célebres: el de la «matemática moderna» y el de la «geografía cuantitativa», bien expuestos en su momento, respectivamente, en sendos ensayos de Peter J. Taylor y Morris Kline (TAYLOR 1976 y KLINE 1973).

la historia medieval parece hoy muy satisfactoria, por no decir casi impecable si se juzga por los libros de texto; y más aún: durante los dos últimos siglos no ha habido causas serias para lamentar lo que se enseñaba ni tampoco cómo se enseñaba. Las correcciones y modificaciones diversas que se han ido introduciendo en las aulas han tenido en general el signo del mejor aprovechamiento de las diferentes facultades —y estrategias— de aprendizaje: mayor o menor énfasis en la enseñanza memorística, en la didáctica de catecismo o en la recreación imaginativa, en las fechas y acontecimientos concretos o bien en las categorías filosóficas de la historia universal, en los nombres de héroes o en los arquetipos, en los hechos políticos o en los de orden cultural y tecnológico, en la historia local o universal, etc. Es más correcto decir que todos estos enfoques se han explotado sucesiva o simultáneamente, y no que unos hayan suplantado definitivamente a los otros. Todas las posibilidades han estado presentes en la pedagogía de los últimos dos siglos. Si ha habido una modificación con tendencia constante ha sido la de ir cargando el peso temático sobre los hechos del orden de las mentalidades, las costumbre, las formas de vida y la tecnología, en lugar de los hechos de la historia dinástica o eclesiástica, y también la de ir aprovechando facultades intelectuales distintas de la sola memoria, en un siempre variable equilibrio entre las estrategias pasivas (basadas en la imitación) y las activas (basadas en la imaginación). Si hoy echamos una ojeada a los estantes de historia medieval en la sección infantil de alguna biblioteca pública, nos llamará la atención la preeminencia numérica de libros que tratan, por ejemplo, de los castillos medievales o de los inventos de la misma época. Esto concuerda con lo que ya recomendaba Ernest Lavissee en 1884, recogiendo ideas muy compartidas por los historiadores, filósofos y pedagogos de la época³: no explicar fechas clave ni nombres de héroes,

³ LAVISSEE 1885: 179-210. Un repaso a los principales escritos peda-

sino rasgos generales de la cultura material e intelectual, de las costumbres y la tecnología. (No discutiré ahora el peligro asociado a esta otra estrategia, a saber, el de caer en el anecdotismo o el pintoresquismo, en una visión enciclopédica, también hecha de datos no suficientemente incardinados en una inteligencia dialéctica de los procesos de evolución social.)

No puede negarse que la historia medieval es extremadamente sensible a las manipulaciones o propósitos ideológicos, pero esto no la distingue de la historia en general; se trata incluso de una debilidad de casi todas las disciplinas humanísticas, y a veces incluso las científicas —quizá porque tampoco éstas pueden prescindir totalmente de orientaciones de una índole no estrictamente lógica, sino moral e incluso estética, o no pueden siempre sustraerse a los condicionamientos económicos. Ninguna enseñanza, ninguna disciplina puede tener un fundamento y razón de ser en sí misma; todas son medios, y los fines son dinámicamente modelados por el tipo de sociedad en que se desarrollan.

Es importante tener en cuenta que la historia no fue considerada una auténtica disciplina —ni una asignatura— sino hasta finales del siglo XVIII. Antes había sido un motivo secundario de reflexiones y una fuente más o menos ocasional —usada regularmente, pero no sistemáticamente— de enseñanzas y ejemplos para a la teología, la filosofía, la política o la literatura. Una vez institucionalizada la enseñanza de la historia, sus diversas partes mantendrán un equilibrio dinámico que responderá vivamente a los intereses generados en la vida civil. Si alguna pauta general podemos adivinar en su evolución es la de un progresivo aumento de los contenidos modernos y contemporáneos respecto a los de la

gógicos de la época (de Jules Ferry, Jules Simon, Victor Duruy, Herbert Spencer, Alexander Bain...) nos persuadirá de esta gran unidad de criterio.

historia antigua y medieval, que fueron muy predominantes al principio. Es decir, se trata de una evolución hacia un equilibrio razonable, de acuerdo con los sentimientos y formas de pensar de los hombres contemporáneos —y también de acuerdo con la cantidad de hechos remarcables y la demografía, es decir, con la proporción numérica de los hombres y los actos de la vida moderna en relación a los de tiempos pasados. Este triunfo tardío de la historia contemporánea ya venía implícitamente vaticinado en el momento en que la misma historia antigua se convirtió en la ocupación intelectual más importante o vertebradora de la cultura moderna, que se podría definir sin exagerar como un «pensar históricamente». Cuando Gibbon escribía su monumental *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* (1776-1788), el principal motivo de preocupación era aquello que podría ocurrirle a la nueva civilización europea. De alguna manera, el espíritu historicista era el efecto de un interés, casi de una fascinación, por el mundo contemporáneo, por la manera en que vertiginosamente cambiaba el mundo y la historia presente se convertía, muy sensiblemente, en «cosa del pasado» —como el arte para Hegel— y al mismo tiempo en clave para la comprensión de toda la vida humana y para la orientación racional del futuro desarrollo social⁴. Sin embargo, un oscuro presentimiento, o incluso quizá una lúcida conciencia del peligro de clarividencia que aquello implicaba —para los privilegios de algunas capas sociales— motivó la prolongación ana-

⁴ La cuestión es mucho más compleja y dialéctica, pero no es necesario abordarla aquí. La afirmación corriente de que el conocimiento de la historia sirve para controlar el futuro es una auténtica bobada. En rigor, no se trata del *conocimiento* de la historia, sino de su *interpretación*; no es en la historia objetivamente considerada (los hechos registrados, como *exempla*) donde radica la capacidad de intervenir racionalmente en la vida social, sino en la historia subjetivamente considerada, o dicho de una forma más esclarecedora, en la propia reflexión crítica sobre el pasado, que en muchos aspectos se va volviendo indistinta de la reflexión sobre el presente.

crónica de una historia providencial muy necesitada de los temas medievales. (Es claro que no todos los grupos sociales tienen el mismo interés en la revisión crítica de la historia; ésta se convierte así, como disciplina, en un campo de batalla ideológica.) Y va de suyo que un uso grosero de la historia para fines políticos vigentes puede optar por presentar la Edad Media como la antítesis de una era deseable o bien por convertirla en el origen y sostén de todo lo legítimo o sagrado.

1. Peso relativo de la historia medieval en los planes educativos

Durante el siglo XIX la Edad Media consumía efectivamente la mayor parte de las lecciones de historia. Este privilegio en el seno de los planes de estudio era inevitable, porque era en la Edad Media, y no en la Antigüedad, donde podían hallarse los orígenes —y por tanto las legitimaciones, según una estrategia argumental no lógica, pero sí persuasiva— de las naciones modernas, de su singularidad y su razón de ser. Pero los historiadores liberales advirtieron que era necesario justificar el mundo moderno en términos de antítesis respecto al pasado feudal, y de aquí que durante la segunda mitad del siglo XIX se entablase una batalla para incrementar el peso de la historia moderna y contemporánea, cuna de las ideas burguesas y liberales que no tenían precedentes medievales. Durante el siglo XX, una vez alcanzada la hegemonía del pensamiento liberal⁵, se ensayó lo contrario, fortalecer el papel de la historia medieval, pero ya bajo una óptica que contemplaba con mucha prudencia el uso ideológico del relato de los hechos pasados. No obstante, es curioso observar cómo Jacques Le Goff, cuando recientemente ha escrito un libro

⁵ Conviene recordar la demostración que Arno Mayer hizo de la verdadera persistencia cultural del Antiguo Régimen hasta la I Guerra Mundial (MAYER 1881).

divulgador sobre la historia y la idea de Europa⁶ a fin de contribuir a la legitimación del proyecto político de la Unión Europea, no ha ahorrado insinuaciones y sugerencias, a veces un tanto peregrinas⁷, para demostrar que Europa es un destino sociopolítico poco menos que ineludible desde el momento en que queda configurada como auténtica civilización en la Edad Media⁸. Es difícil negar que la idea de Europa tiene su raíz en la ecúmene cristiana medieval, que rescata el proyecto universal del Imperio romano. Como decía Henri Focillon: «La Edad Media es la expresión occidental de la civilización europea»⁹. (En cierta manera, la historia medieval obliga a formarse una idea de civilización unitaria, por encima de o incluso incompatible con los diversos nacionalismos; en todo caso, el medievalismo decimonónico legitimador de las naciones ha sido suplantado por un medievalismo legitimador de la unión supranacional.) Otra cosa es que sobre la dinámica económico-política del mundo actual pueda pesar unívoca y decisivamente un pasado medieval o antiguo. Basta pensar en una sencilla —aunque fascinante— ley numérica (demográfica) para percatarse del peso menguante que el pasado tiene sobre el presente y el futuro: en una población que crece exponencialmente,

la cantidad de personas vivas es del mismo orden que la de todas las personas que han existido antes¹⁰. Cada vez se hace más evidente que las claves principales para comprender el mundo se hallan en la historia contemporánea —lo que no desmiente la necesidad de una historia universal e incluso de una filosofía de la historia, sino que simplemente desacredita la pretensión de que la historia remota pueda considerarse decisiva en asuntos prácticos; de aquí que la historia antigua o medieval tenga más bien un uso ideológico.

Y no sólo era exagerado, en el siglo XIX, el peso de la historia medieval en el conjunto de las lecciones de historia, sino también su excluyente contenido de historia religiosa. Se evitaba la separación entre los estudios de historia y la educación religiosa, y los catecismos, imitaciones de Cristo y vidas de santos estaban siempre a la orden del día, extrañamente amalgamados con la literatura pagana. En la misma Francia, que se podía considerar el país más anticlerical de Europa, hasta la reforma de 1881 se declaraba explícitamente que la religión era la base de toda la educación¹¹. Es bien evidente que las campañas secularizadoras, que incluso hoy en día se critican agresivamente, no representaron sino una lentísima tarea de resistencia contra unos privilegios milenarios férreamente consolidados. Podríamos creer que España ha sido un caso especial de ilegítima persistencia de la hegemonía religiosa en la

⁶ LE GOFF 1996.

⁷ Como cuando compara la tesitura del actual «eje franco-alemán» con la situación del reparto de los territorios europeos tras Carlomagno (LE GOFF 1996: 34 y s.). Sería interesante comparar las ideas sobre Europa que sostienen los pensadores progresistas actuales con las que, por ejemplo, expresó Ortega y Gasset (cf. ORTEGA Y GASSET 1937). Ortega es un precursor exacto de las actuales y divulgadísimas ideas sobre el multiculturalismo; otro padre espiritual (putativo, quizá) de la actual mitificación de la «cultura» es el antropólogo nazi Leo Frobenius (cf. FROBENIUS 1921). Cf. la penetrante crítica de Gustavo Bueno (BUENO 1996).

⁸ El relato de Le Goff recoge toda la historia europea, pero es muy sensible el énfasis en el periodo medieval.

⁹ FOCILLON 1938: 12.

¹⁰ Esta constatación demográfica casi sugiere que sería muy eficaz explicar la historia hacia atrás, examinando el pasado después de que la familiaridad con los fenómenos presentes sea amplia, y profundizar la comprensión de éstos por comparaciones cada vez más frecuentes con el pasado. Sin ánimo de suscitar aquí un difícil y viejo debate —sobre el que inevitablemente planea el croceanismo—, quizá se trataría de elucidar cómo comprendemos el pasado, *intuitivamente*, en función de nuestra experiencia contemporánea, pero también, *críticamente*, a la inversa...

¹¹ Cf. los programas de liceos y escuelas normales en Francia hacia 1880 en GRÉARD 1889: 282 y ss.

enseñanza, por contingencias «locales» como el franquismo, pero lo cierto es que esta hegemonía, más o menos disimulada, ha perdurado en todos los países.

La introducción de la historia contemporánea en los planes de estudio fue sin duda, como decía Jules Ferry, «una buena idea y un importante progreso»¹². Aún a finales del siglo XIX, Irenée Carré, al explicar la necesidad de que en cada curso escolar se enseñase *toda* la historia nacional y no un período diferente cada año, de manera que se fuese precisando «como en círculos concéntricos»¹³, ponía de manifiesto que la historia medieval ocupaba un espacio exagerado. Ésta era también una opinión muy compartida. Carré se quejaba:

«Pese a mis recomendaciones, se insiste demasiado sobre los inicios, o más bien no se aprende ninguna otra cosa. Los merovingios gozan siempre de un gran honor en nuestras escuelas; se conocen bien los repartos de la monarquía tras Clodoveo, pero jamás se ha oído hablar de Richelieu ni de Colbert; no se sabe ni cuando vivieron ni lo que hicieron.»¹⁴

La concentración en el período medieval favorecía los métodos puramente pasivos y memorísticos y el anecdotismo¹⁵. A muchos este programa les parecía el más

¹² Cf. COMPAYRÉ 1897: 398.

¹³ Cf. también GABRIEL 1909, 289. Los planes actuales siguen esta razonable recomendación, pero no según el lapso de un curso, sino por ciclos de dos años.

¹⁴ CARRÉ 1880: 360. En el programa de historia para los cuatro ciclos de la escuela elemental, el período medieval ocupaba regularmente los meses de octubre a febrero, es decir, la mitad del curso, y aún más. Cf. COMPAYRÉ 1890: 110-113.

¹⁵ CARRÉ 1880: 361 y ss., espec. 362. También fueron frecuentes y explícitas las quejas contra el exceso de relación de hechos concretos y el estudio de períodos breves, en detrimento de la filosofía de la historia o de la historia universal (cf. MONOD 1900: 486).

indicado para la inculcación del patriotismo, objetivo primordial del estudio de la historia en general, que los liberales y anticlericales tampoco discutían¹⁶. (El nuevo patriotismo que se podía derivar de la historia de la Revolución francesa era mucho más difícil de mantener bajo coordenadas conservadoras.) Hay que precisar que no era toda la Edad Media la que gozaba de esta notable estimación, sino sólo los siglos posteriores al X. Como recomendaba Lemonnier, «el período anterior a 978 puede considerarse como una simple introducción»¹⁷. Cabe decir que más que de historia medieval se trataba de medievalismo, en el peor sentido de la palabra, y de historia eclesiástica y nobiliaria. Los vestigios de esta enseñanza se perciben aún, por ejemplo, en las lecciones de blasón, más de un siglo después de que Voltaire las ridiculizara en su cuento *Jeannot et Colin* (1764). Encontramos el caso otra vez en una referencia de Spencer, cuando admitía que incluso un curso de heráldica no sería del todo inútil, porque «proporcionaría probablemente algunas nociones sobre los hábitos y costumbres de otra época»¹⁸, pero que, pese a todo, una educación racional ha de escoger con criterios jerárquicos basados en necesidades prácticas.

En los últimos años, y como consecuencia demasiado inmediata del proceso político de descentralización del Estado español, se ha producido entre nosotros un sensible incremento de los temas de historia medieval en los libros de texto. Es bien palmaria la perspectiva exageradamente local de estas lecciones de historia medieval, que se colocan en una frontera intelectual en que no sólo se modifica irracionalmente el sentido de

¹⁶ CHASTEAU 1887: 118 y 120; CHAUMEIL 1885: 402; COMPAYRÉ 1890: 109; COMPAYRÉ 1889: 228 y ss.; GABRIEL 1909: 285 y 288.

¹⁷ Cit. por COMPAYRÉ 1889: 108.

¹⁸ SPENCER 1861: 6.

una *historia universal*, sino que se pierde de vista toda concepción o perspectiva de una verdadera *historia universal*¹⁹. Este nuevo desplazamiento hacia el medievalismo y la historia local no es diferente del que afecta también a otros ámbitos de la enseñanza, y particularmente a las lenguas regionales, y que ha generado comprensibles e incomprensibles polémicas en todos los terrenos (en la política, en el dominio de los *ídola* o prejuicios populares, en la palestra académica...). La ayuda que, con considerable retardo, la historia medieval localista proporciona a los propósitos nacionalistas dentro del Estado español es similar a la que ya proporcionó durante el siglo XIX a la consolidación de las grandes naciones europeas. No debemos detenemos aquí a analizar estas comparaciones. Sólo quiero subrayar con este caso reciente lo que ya he dicho a propósito de la extrema sensibilidad a los fines ideológicos que padecen aún los planes educativos en materias históricas. Y también resaltar cómo el peso relativo que en estos planes tiene la historia medieval puede fluctuar debido a contingencias político-culturales, sin que esto valga para desmentir la aludida tendencia general a incrementar la parte de historia contemporánea.

2. El *topos* del menosprecio de la Edad Media

Examinemos ahora otra servidumbre ideológica, de gran vuelo, casi perenne, que parece haber pesado como un lastre contra la objetividad y el rigor históricos. Se ha repetido hasta la náusea que «Edad Media» fue designación peyorativa, con la que los intelectuales del siglo XV expresaban su conciencia de pertenecer a una nueva era o de haber puesto fin a un período cultural-

¹⁹ Hay una lamentable *pérdida de sentido* en una historia medieval local, cuando millares de trabajos en la historia de la cultura, el pensamiento y el arte nos han demostrado con claridad la ecuación Edad Media=civilización europea.

mente agotado²⁰. Esta conciencia de los humanistas renacentistas no era ni más ni menos clara que la certeza que siglos atrás habían tenido los cristianos medievales de que la civilización pagana se había disipado —si bien ahora se trataba propiamente de una conciencia *histórica* y no *religiosa*—, y presumiblemente no será ni más ni menos aguda que la que una sociedad futura podría tener de haberse alejado del liberalismo —por más que Fukuyama y otros ideólogos, prolongando concepciones burguesas del siglo XIX, afirmen antihistóricamente que el liberalismo es el destino definitivo de las sociedades humanas.

Es claro que muchas veces esta que he denominado *conciencia* de una diferencia muy radical puede ser absurdamente exagerada, y no entendida dialécticamente (históricamente), hasta el punto de creer que no haya también una raíz heredada y modificada —de manera que lo nuevo no pueda ser bien entendido sin conocer su origen en lo viejo. Pero la reacción contra este peligro de olvido o de exageración puede representar un peligro mayor. Pensemos, por ejemplo, en cómo en nuestros días se apela al origen medieval de ciertos fenómenos de orden jurídico, político o «cultural» para justificarlos fuera de toda sensatez o prudencia social —y cómo continúa siendo este uso ideológico un factor importante en los privilegios pedagógicos que ocasionalmente puede obtener la historia medieval. Hemos olvidado la admirable lección de Renan según la cual una nación es un «plebiscito de todos los

²⁰ Como es bien sabido, no sólo la concepción crítica y negativa del período medieval, sino el concepto mismo de Edad Media, son invención que se remonta a las obras de Petrarca, Leonardo Bruni, Flavio Biondo y Lorenzo Valla. Fue en el Renacimiento cuando se conquistó el sentido realista de la historia, ajeno a la teología medieval. Los estudios filológicos (Valla, Poliziano, Barbaro) se introdujeron como herramientas infalibles en la discriminación entre lo legítimo y lo falso en la historia (*i.e.* en los documentos).

días»²¹, es decir una cuestión de conveniencia o interés práctico, y no una cuestión de ilusorias legitimaciones *historiosóficas*. El nacionalismo como motor del medievalismo —y viceversa— continúa operando, no ya en el ámbito de la producción académica, sino en nuestra vida civil²².

En la introducción a los capítulos de historia medieval de muchos manuales escolares —pero también de muchos libros de alto nivel académico— hallaremos una advertencia sobre aquel deje peyorativo, el presunto desprecio moderno a la sociedad medieval. Se podría decir, sin ánimo de paradoja, que el verdadero vicio es la queja contra este supuesto prejuicio. También indefectiblemente, tras la obligada advertencia no hallaremos ni una línea, ni una palabra donde se mencione documentadamente algún caso significativo, ya sea típico o casual, de aquella errónea concepción «tenebrista» de la Edad Media. Mencionar a los humanistas renacentistas que inventaron el término no es un buen expediente, porque a éstos debemos una concepción realista (antidogmática, antiprovidencial) de la historia (les debemos casi el mismo concepto de historia, el

²¹ RENAN 1882: 83. Allí leemos: «el hombre no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni del curso de los ríos, ni de la dirección de las cadenas de las montañas». Una nación es, en definitiva, «una conciencia moral».

²² Hemos tenido que oír, por ejemplo, al anterior presidente de la Generalitat Jordi Pujol invocar una cierta interpretación del sentido histórico de la Marca Hispánica para enfatizar los derechos nacionales de Cataluña, o al anterior presidente del Gobierno español José María Aznar remontarse a la lucha contra los moros para legitimar las estrategias imperialistas en la guerra de Irak (PUJOL 1996: 92; AZNAR 2004). Aznar compara a Ben Laden con Hitler porque ambos, a su entender, se expresan con «cristalina claridad», y en particular coincide con el primero de estos iluminados en la tesis de que el terrorismo islamista es la continuación de la guerra santa que enfrentó a cristianos y musulmanes en el siglo VIII. Sorprende que alguien pueda considerar que los delirios de Hitler o los de Ben Laden son pensamientos de una gran claridad.

rigor documental, la discriminación de los hechos reales de los legendarios, etc.); no es muy sensato reprocharles el haber inventado una división cronológica cargada de consecuencias críticas y hacerlos responsables de lo que supuestamente habrían exagerado o deformado los historiadores posteriores; y no podemos reprocharles su exacta conciencia de haber dado un giro copernicano a la concepción dominante del mundo, del hombre y de la historia. Su gran error fue el de no reconocer con claridad que la propia eclosión cultural que ellos mismos protagonizaron venía preparada por tendencias críticas que también surgieron y se desarrollaron durante el período medieval.

Tampoco resulta mucho más afortunado acusar en bloque a la Ilustración por haber enfatizado una idea universal de progreso que habría presentado a la Edad Media como una era de obstáculos y retrocesos sociales. Dejando de lado que la idea de progreso ineludible e irreversible es más propia del positivismo del siglo XIX, hemos de advertir que *sensu stricto* esta noción rescataba a la Edad Media de cualquier responsabilidad en un estancamiento que se considera teóricamente imposible. Desde la óptica de los ilustrados, la sociedad medieval no era en general peor que la antigua, porque el progreso lento e irreversible vertebraba *toda* la historia. Incluso en un discurso tan conspicuamente anticlerical como el del conde de Volney en *Las ruinas de Palmira* (1791) encontraremos desmentida la idea de que los ilustrados creyesen en la superioridad de la Antigüedad sobre la Edad Media, con el sencillo argumento —de orden especulativo o dogmático, no histórico o empírico— de que todas las sociedades pasadas han sido odiosas y, al mismo tiempo, en todas ellas los hombres han conseguido algún pequeño progreso hacia la libertad y el conocimiento de la verdad²³. Los

²³ Y muy por cierto, la metáfora de la *edad de las tinieblas* fue usada por Francis Bacon, no contra la cultura medieval, sino contra el legado

discursos *historiosóficos* de los ilustrados no se ocuparon muy particularmente del estudio de la época medieval; enfatizaban la idea especulativa de que la historia es un proceso ascendente e irrefrenable hacia la conquista de la libertad. Los historiadores positivistas del siglo XIX no tuvieron una opinión muy diferente. Así, por ejemplo, el historiador del arte Alois Riegl pudo descartar definitivamente el concepto de «decadencia» que pesaba sobre el arte medieval justamente porque adhirió a una concepción metafísica de la historia que excluía la posibilidad misma de un retroceso o un estancamiento social²⁴.

Siendo incontables las veces que hemos oído o leído a propósito del detestable tópico de las «tinieblas» de la Edad Media, se hace sin embargo muy difícil, si no imposible, encontrar ningún ejemplo fehaciente de una interpretación que tenga este tópico por correcto. Si siempre que tenemos noticia del tópico en cuestión es sólo para recalcar que es falso, la pregunta a hacerse es, entonces: ¿quién —y cuándo— lo ha propagado? Hace dos siglos que la denuncia crítica de esta concepción peyorativa es un rasgo destacado de la crítica historiográfica. En 1834, en su magnífico y aún imprescindible *Essai sur l'histoire de la géographie du Nouveau Continent*, Humboldt aludía ya críticamente, a propósito de las creencias medievales en una Tierra plana, a «la pretendida universalidad de las tinieblas de la Edad Media», y aclaraba:

de la Antigüedad. Leemos, en efecto, en su *Novum Organum* (Libro I, Aforismo CXXII): «Los descubrimientos deben solicitarse de la luz de la naturaleza, no recobrase de las tinieblas de la Antigüedad.» («Rerum enim inventio a naturæ luce pretenda, non ab antiquitatis tenebris repetenda est.») (BACON 1630: 216). Tenemos contraídas con la filosofía de Bacon deudas tan grandes que podríamos tomar aquí sus opiniones como propias de una actitud hacia el pasado *que también es moderna*.

²⁴ Cf. RIEGL 1901: 299 y ss.

«Las tinieblas se extendían sin duda sobre las masas; pero en los conventos y en los colegios conservaron algunas personas las tradiciones de la Antigüedad. Bacon mismo, reconociendo lo que se llama el *poder de la erudición y del conocimiento de las lenguas*, da cuenta de una ardiente afición al estudio que observa, “sobre todo desde hace cuarenta años, en las ciudades y en los monasterios, al lado de la ignorancia general de los pueblos”»²⁵.

Heinrich Luden escribía en su *Geschichte des deutschen Volkes* (1825-1837):

«Hace una generación, la Edad Media parecía una noche oscura, ahora... el encanto de lo que descubrimos ha fortalecido el deseo de seguir investigando»²⁶.

Y es definitivo que en 1902 un autor tan clerical como Léon Bloy incluyese el caso en su notable recopilación de tópicos:

«En otros tiempos, hace como mucho cincuenta años, la noche o, si se quiere, las tinieblas de la Edad Media eran rigurosamente exigidas en los exámenes. Un joven burgués que hubiese dudado de la opacidad de estas tinieblas no habría podido casarse».

Pero ya la sociedad burguesa, continuaba Bloy, se había vuelto «*moyenâgeuse*»²⁷.

Nos hallamos entonces ante advertencias permanentes contra un lugar común gastado en el que nadie parece

²⁵ HUMBOLDT 1834: 50 y s.

²⁶ Cit. en VALDEÓN 2004: 32.

²⁷ BLOY 1902: 219 («La nuit du Moyen Âge»). Éste era, en efecto, uno de los 183 tópicos que Bloy comenta en su mordaz recopilación; pero un tópico, como se ve, que incluso ya entonces estaba muy pasado de moda. Recordemos que Bloy fue uno de los principales promotores de la primera campaña para canonizar a Cristóbal Colón (cf. BLOY 1884 y 1890).

haber creído nunca. Más bien al contrario, las comparaciones serias entre la Edad Moderna y la Media han hecho casi siempre a ésta más simpática. Así acontece, y no hay que sorprenderse, en docenas de párrafos de *El capital* (1867) donde Marx compara el régimen deshumanizado del capitalismo con el sistema laboral y jurídico feudal, o en *De la división del trabajo social* (1893) de Durkheim, que elogiaba los valores colectivistas y socializadores de los gremios medievales y lamentaba su pérdida bajo el régimen actual²⁸. En el siglo XIX se impuso una concepción progresista según la cual la Edad Media y el cristianismo habían sido fases necesarias sin las cuales no habría sido posible la modernidad. Cuando Mme. E. Napoléon Peyrat hablaba de las instituciones monásticas medievales no sugería la menor señal de reproche, sino que más bien las presentaba como un encomiable ejemplo ante el que la Iglesia moderna sólo podía ser juzgada como un residuo degenerado²⁹.

Este criterio valorativo dominante respecto a la cultura medieval es el que ya encontramos en las páginas iniciales de *Los orígenes de la Francia contemporánea* (1876) de Taine: se juzga muy positivamente el papel civilizador de la Iglesia, sin el cual verdaderamente habría quedado muy poco en pie del mundo clásico, pero al mismo tiempo se considera que la teocracia acabará siendo un lastre³⁰. En cierta manera, se trata de un criterio sin intención desaprobadora, casi una simple noción temporal, diacrónica, como si se quisiera decir: «Eso estuvo bien para su época» (en el fondo, como dice Carlos Alonso del Real respecto a la noción histórica o científica de superstición, es aquello de Tácito:

*Sæculi nostri non est*³¹). En autores ateos como Feuerbach o Engels, o Bebel o Lafargue, no encontraremos más que elogios de todo tipo para los primeros cristianos, en contraste con el papel subordinado y reaccionario que juega la religión en tiempos modernos.

A pesar de todo, de tanto en tanto los historiadores revisionistas protestan contra los abusos de una historia que juzgan *hostil* a la Edad Media, una historia a la que acusan de anticlerical y darwinista. Como inventores de esta Edad Media oscura señalan a los pensadores renacentistas o a los ilustrados, pero sin apenas fundamento alguno, como ya he explicado. El motivo latente de esta crítica es en realidad el proceso de irrefragable secularización de la sociedad moderna. Con la renuncia a la tutela teológica, el Renacimiento inició también las ásperas resistencias eclesíásticas, y desde entonces no ha cesado la lucha entre clericalismo y librepensamiento. Era lógico que en el terreno de las luchas político-culturales se quisiera oponer la sociedad moderna a la medieval y no a la antigua: había que deshacerse de la tiranía teológica, no de las servidumbres paganas que ya habían desaparecido —un poco como los adolescentes sufren un impulso urgente de enfrentarse a los padres, pero no a los abuelos³². Se reprochó entonces a la Iglesia toda una serie de incontables actos contra la libertad y la ciencia, pero raramente estas acusaciones se han proyectado injustificada o sistemáticamente al pasado medieval. Más bien sucedió lo contrario: los pensadores liberales solían aprovechar muy bien la estrategia consistente en enfrentar una institución caduca como la Iglesia actual a

²⁸ DURKHEIM 1893: pássim.

²⁹ PEYRAT 1865: 36 y ss.

³⁰ TAINÉ 1876: 4 y ss.

³¹ ALONSO 1971: 17.

³² Antes he dicho que la frívola motivación de muchas reformas pedagógicas, más aparentes que reales, era distinguimos tópicamente de nuestros abuelos; una metáfora más correcta debería referirse más bien a los padres, al menos en lo que respecta a los tiempos modernos, en que los cambios superficiales se aceleran.

su propio brillante pasado medieval. Se reconocía el papel culturalmente positivo de la Iglesia durante la Edad Media, al tiempo que se reprobaba el intento de perpetuación de una mentalidad obsoleta y un privilegio social injustificable. Nada se decía contra la sociedad medieval en lo que tenía de necesaria, de maduración, sino contra la pretensión de adoptarla como modelo perenne —e incluso, quiero insistir, muchas veces, en Marx, en Durkheim, en William Morris... la comparación entre los tiempos modernos y los medievales arrojaba un claro saldo a favor de éstos. Y cuando se destacaban los actos antiliberales del cristianismo medieval, no era para presentarlo como el único fenómeno cultural de la época, sino como una contraparte de la lucha cultural que jamás había cesado de existir. La Edad Media, para los historiadores liberales, era también —o sobre todo— la sociedad en que comenzaban a germinar las ideas modernas.

¿Es posible entonces que los libros escolares hayan transmitido una deformada imagen peyorativa de la civilización medieval? Hace pocos años que Jacques Heers renovó esta denuncia en un libro que ha resultado extrañamente persuasivo, a pesar de su escaso o nulo rigor: *Le Moyen Âge, une imposture*³³. En él hallamos recopilados todos los reproches que se han podido sentir durante dos siglos contra unos indeterminados historiadores racionalistas y anticlericales que habrían tergiversado sistemáticamente la historia. Pero Heers no reconoce que estos reproches tengan una larga historia, es decir que él esté repitiendo argumentos gastados. Jeffrey Burton Russell ha enfatizado también este tipo de acusaciones en un libro sobre la falsedad de la creencia medieval en la Tierra plana (*i.e.* sobre la falsedad de la afirmación de que los hombres

medievales creían que la Tierra es plana)³⁴. Ambos historiadores coinciden en el siguiente argumento: los eruditos no han elaborado nunca una imagen grosera de la «tenebrosa» e «inculta» Edad Media, y sin embargo esta imagen deformada es la que se ha transmitido a través de las escuelas. Pero esto nos colocaría ante un enigma de la cultura, según el cual los científicos dicen unas cosas y los maestros cosas contrarias. Nada más alejado de la verdad; siempre ha habido una solidaridad muy grande entre la producción científica y la divulgación pedagógica. Se acusa a los libros de texto tipo de haber afirmado que en la Edad Media los sabios creían que la Tierra era plana. Pese a las protestas de Heers y de Russell, realmente esto no se ha

³⁴ RUSSELL 1991; cf. también RUSSELL 1989. En este artículo hallamos una confesión acerca de la trayectoria mental que el autor ha seguido en esta indagación, y que no aparece luego en el mencionado libro sobre el mismo tema: dice Russell que buscó afanosa e infructuosamente el origen de la susodicha tergiversación entre los filósofos ilustrados; le pareció «sorprendente» que éstos *no* hubiesen al parecer afirmado que en la Edad Media los hombres creían que la Tierra era plana; finalmente tuvo que contentarse con culpar de la invención de todo el «mito» a Washington Irving y Antoine-Jean Le-tronne, y colateralmente a John William Draper y a Andrew Dickson White. Un examen menos erístico que el de Russell conduce a la conclusión de que estos autores no inventaron nada; la creencia en la Tierra plana puede rastrearse en gran cantidad de documentos, incluyendo lo que escribieron los ilustrados. Es fácil comprender lo que realmente busca Russell: la prueba de una exageración dirigida de mala fe contra la Iglesia. Lo que ya es menos comprensible son los verdaderos motivos que han disuadido a Russell de arremeter contra la Ilustración, toda vez que él mismo ha declarado esa intención beligerante. Sólo alcanzo a reconocer la eficacia de esa estrategia, ya sea inconsciente o deliberada, consistente en silenciar a autores anteriores al siglo XIX: de este modo el «mito» parece surgir repentinamente, es decir, parece una verdadera conspiración en toda regla; esa impresión se desvanecería si se mostrase la persistencia de tal «mito» desde el Renacimiento. Resulta entonces que nos enfrentamos a una verdadera exageración, no la de los historiadores *darwinistas* y *anticlericales*, sino la de Russell; pues aquéllos no ocultaron que también en la Edad Media hubo sabios que conjeturaron la redondez de la Tierra, mientras que Russell pretende que no los hubo que la negasen.

³³ HEERS 1992.

afirmado nunca seriamente en ningún libro escolar —ni en otro tipo de obras. He revisado centenares de documentos donde podría esperarse una afirmación semejante, y no la he hallado. El propio Russell sólo cita dos manuales escolares ¡en un lapso de 200 años! que dedican dos líneas al tópico de la Tierra plana. Hubo, innegablemente, hombres cultos que creyeron en la Tierra plana; y la especie de que Colón se enfrentó a objeciones dictadas por estas creencias erróneas no es ninguna invención de los autores modernos (de Letronne o de Irving, por ejemplo, como afirma Russell), sino que se halla autenticada por documentos de la época (sin ir más lejos, en Bartolomé de Las Casas o el propio hijo del Almirante, Fernando Colón, por más que no dispongamos de los textos originales³⁵). El carácter nada recóndito de estos testimonios es lo primero que hace extraño el que las denuncias de Russell y Heers hayan resultado tan persuasivas. Otra idea general de estos autores es que el origen de las tergiversaciones procede del darwinismo y el anticlericalismo. Pero es fácil darse cuenta de que muchos autores anticlericales del siglo XIX presentaron la historia medieval con simpatía, justamente con la intención de poner de relieve el contraste entre la heroica Iglesia primitiva y la corrompida de los tiempos modernos. En otro lugar nos ocuparemos de las verdaderas motivaciones de las opiniones de estos autores, y del hecho de que en general permanezcan sin contestación; aquí quiero apuntar simplemente que no se trata de obras científicas, sino *ideológicas*, lanzadas indirectamente contra una concepción materialista y racionalista de la historia y del mundo.

³⁵ En efecto, estos dos testimonios contemporáneos nos informan de los argumentos esgrimidos contra el proyecto de circunnavegación de Colón, no todos compatibles entre sí, y entre los que destacan dos especiales: (1) que la Tierra es plana, y por tanto no puede circunvalarse, y (2) que aun siendo redonda, no podría viajar al otro extremo, puesto que sería imposible remontar corriente arriba. Cf. COLÓN 1571: 33 y s. (escrito antes de 1539); LAS CASAS 1875: 21 y s. (escrito c. 1560).

Los libros escolares son por término general impecables; prácticamente se puede decir que lo han sido siempre, y casi bajo cualquier régimen social. No es posible imaginar un motivo de indignación como el que llevó en cierta ocasión a Richard Feynman, premio Nobel de física, a concluir que casi todos los libros escolares de física estaban llenos de estupideces³⁶. Entre centenares de manuales escolares y de libros de divulgación destinados al público adolescente, no se encuentra ninguna insistencia desproporcionada en los aspectos oscuros de la cultura medieval, y la mayoría de las veces no se encuentra ninguna mención en absoluto del tópico de las «tinieblas» medievales. A veces, algún libro poco serio —pero con una falta de seriedad que no resulta ofensiva para la crítica científica, porque por su índole no se mide con ella— puede hacer broma con comparaciones que, sin referirse a hechos falsos, son sin duda poco adecuados por carecer del sentido de la relatividad (del contexto) que caracteriza la visión científica de la historia. Por ejemplo, John Farman, en *La superbrevia historia de la Edad Media*³⁷, que sólo se refiere a la Alta Edad Media británica, hace burla de ciertos aspectos, como la brutalidad, la falta de aseo, el relativo retardo tecnológico, la creencia en supersticiones y leyendas, etc. Sin duda que, en relación a la población general, nuestra época no es menos crédula que la medieval (pensemos, si no, en la enorme difusión del ocultismo³⁸). Ahora bien, el parangón tiene

³⁶ FEYNMAN 1985.

³⁷ FARMAN 1998.

³⁸ El auge contemporáneo del esoterismo vuelve muy interesante, y muy educativa, incluso una ficción tan tremebunda como *El péndulo de Foucault* (1988) de Umberto Eco, que denuncia mordazmente la sordidez intelectual y moral de los ambientes ocultistas actuales. Pero sería absurdo y metafísico deslizarse desde aquí hasta la descabellada idea de que todo es posible en toda época. Hay experiencias (pensamientos, proyectos, conocimientos, sentimientos...) que juzgamos imposibles en determinadas circunstancias históricas: juzgamos imposible que un aborigen australiano que no ha pasado por una

límites: la leyenda está asociada también a la mentalidad culta de la Edad Media, hasta el punto de que ni tan solo hoy día es posible dar cuenta de un segmento cualquiera de la historia medieval sin referirse, aparte de los hechos confirmados, a las leyendas que se han transmitido.

Por lo que respecta a los libros escolares del siglo XIX, podemos afirmar lo mismo. Un ejemplo tipo de la evaluación cultural de la Edad Media en pleno siglo XIX es la reseña que Fouqueau de Pussy hace del libro de Émile de la Bédollière *Histoire des mœurs et de la vie privée des Français* en una publicación periódica enciclopédica destinada a la educación de las muchachas francesas³⁹. Destacaba el papel esencialmente civilizador que tuvo la Iglesia en los primeros siglos, especialmente al combatir las supersticiones del paganismo. No había que ser muy clerical para defender este punto de vista; es exactamente el que encontramos en los grandes ateos de Europa, en Taine o en Renan, por ejem-

escuela europea sienta la especie de emoción estético-intelectual que puede fascinar a un astrónomo o a un genetista europeo cuando reflexionan sobre los conceptos, mecanismos e imágenes que sus respectivas ciencias han elaborado. Pese a que los más sabios entre los antiguos griegos (Platón, Aristóteles, Epicuro...) llegaron a reconocer la crueldad y la injusticia humana que supone la esclavitud, no se les ocurrió nunca que esta institución pudiese ser razonablemente abolida mediante acciones de orden jurídico, o político-administrativo, ni tampoco soñaron con una revolución para la emancipación social; como mucho, podían imaginar la utopía —el «sueño de Aristóteles», como lo llamó Paul Lafargue (LAFARGUE 1883: 53 y s.)— de un mundo sin necesidad de esclavos porque todo el trabajo lo realizaran las máquinas. Marx advirtió que «un pigmeo de la economía burguesa» como Bastiat no superó a un gigante del pensamiento como Aristóteles, que fue incapaz de descubrir que la medida del valor es el trabajo porque vivía en una sociedad en que este *valor* procedía, incomprensiblemente, del trabajo de los esclavos, *sin valor*. Y en el mismo lugar observaba el mayor error de Don Quijote: haber creído que la caballería era una institución compatible con cualquier tipo de sociedad (cf. MARX 1867: 46, n. 36).

³⁹ FOUQUEAU 1847.

plo. Entonces, ¿a qué se reduce la tópica imagen tenebrosa de la Edad Media? Pues a poco más que la que nos transmitió Michelet en *La bruja* (1862) —y por cierto, un antropólogo al que difícilmente podríamos acusar de no saber evaluar las sociedades con un sentido de relativismo crítico, Marvin Harris, no nos ofrece una imagen muy diferente de las prácticas persecutorias de la Inquisición⁴⁰.

No quiero negar la existencia efectiva de una imagen tenebrosa de la Edad Media. Simplemente quiero precisar que ni el origen ni el medio privilegiado de esta imagen podrán hallarse en la educación primaria o secundaria. Hay muchas imágenes de la sociedad medieval: la ilustrada abstracta, la erudita, la simplificada de los manuales escolares, la artístico-literaria de caricatures románticos, la de la novela gótica, la de los estereotipos cinematográficos, la de los tópicos «populares», etc. Sólo de esta precaria división podemos intuir que muchas veces se han confundido los ámbitos cuando se ha intentado criticar una determinada concepción.

En el mundo académico —y en la enseñanza—, la crítica de la sociedad medieval no proviene de ningún sesgo ideológico, sino del ejercicio de la comparación: respecto a los criterios de libertad o emancipación social actuales, se contemplan como superadas todas las instituciones medievales, y respecto a la concepción científica del mundo, se contempla como obsoleta la teología. Las ideas medievales se juzgan como apropiadas para su época, pero también como productos de tensiones o luchas ideológicas en el seno de las cuales

⁴⁰ HARRIS 1974: 181 y ss. Y aunque se trate de una ficción literaria, podemos también invocar *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, por tratarse de la meditada obra de un erudito buen conocedor de la cultura medieval; aunque se dibujen allí caracteres con los que cualquier hombre culto moderno podría identificarse, no deja de estar presente la fatal hegemonía del oscurantismo de la época, que hace muy verosímil el final trágico.

se forjaría la cultura moderna. Aparte de los agresivos proyectos del liberalismo radical de la *Kulturkampf*, el anticlericalismo no ha sido nunca proyectado seriamente en la valoración de la Edad Media. Si en nuestros días aún hallamos autores que dirigen tales reproches a los historiadores laicos es sin duda porque se sienten comprometidos en una batalla por la recuperación del prestigio histórico de la Iglesia, y no por la integridad científica de la historia ni de su enseñanza, que no corren ningún grave peligro. La absurda vindicación cultural de la Edad Media es en realidad un intento camuflado de combatir los logros intelectuales derivados de la secularización, cuyo origen aún podemos atribuir *grosso modo* al Renacimiento⁴¹.

En conclusión, podemos responder negativamente a la pregunta que se formula en el título de este artículo. Me atrevería a decir incluso que, al contrario de lo que se suele lamentar sin fundamento, la enseñanza actual de la historia trata el mundo medieval con mucha simpatía. Aquí hemos de desatacar el hecho de que, desde finales del siglo XIX, la revalorización de la Edad Media ha sido principalmente obra de los historiadores del arte. La arquitectura gótica es quizá el único fenómeno medieval que en época contemporánea haya gozado siempre de una unánime admiración. La historia del arte ha contribuido decisivamente a configurar una noción de cultura medieval como civilización europea, unitaria. Además, han sido los estudios de historia del arte medieval los que han ayudado a clarificar, por contraste, la verdadera naturaleza del Renacimiento y la modernidad⁴². Pero esta simpatía tiene un peligroso

reverso, en el que radica un verdadero sesgo ideológico: rescatar la Edad Media apelando a todo lo que tiene de fascinante o de artísticamente maravilloso y esotérico, en lugar de aquello que tiene de intelectualmente brillante y avanzado, es una estrategia pueril —que encontramos también, sobre todo, en los libros de historia del arte. La causa de esta simpatía es el gusto por lo primitivo, que puede caracterizar mucho de los criterios modernos de valoración artística. Como nuestra «cultura» no es homogénea, sino que como mínimo tenemos «dos culturas» enfrentadas⁴³, es lógico que haya dos maneras antagónicas —quizá parcialmente complementarias— de valorar la Edad Media: una que rescata todo lo que tiene de embelesador y esotérico, y otra que encuentra más interesante la civilización medieval por el hecho de haber protagonizado heroicas resistencias contra la barbarie y por haber contribuido también a desterrar la mística y la teología como directrices del pensamiento. Sería interesante analizar la mezcla de estos dos criterios valorativos en los mismos libros de texto. Recalquemos aquí sólo el hecho de que ambos tienen un sentido positivo, no peyorativo.

Panofsky o de Jean Adhémar, pretendiendo que estos autores han «revalorizado» la Edad Media en el indeterminado sentido encomiástico en que él la entiende. Los profundos y detallados estudios de estos autores sobre el arte medieval tienen la virtud de precisar y enfatizar lo que la cultura renacentista tiene de distintiva; lo que hacen es destacar las diferencias exactas entre la modernidad y la cultura medieval, no disolverlas, como pretende Heers, y mucho menos dar a entender que la época moderna se caracterice por su soberbia intelectual y su menosprecio al pasado —sino todo lo contrario: se caracteriza por el desencantamiento del mundo, que no es más, ni menos, que honestidad intelectual. Justamente estos autores han defendido la existencia efectiva y la grandeza cultural del Renacimiento contra aquellos que, como Heers, han querido negar todo sentido a la modernidad.

⁴¹ Uno de los hechos más significativos es la radical crítica de Maquiavelo a los sistemas gubernamentales del pasado feudal y eclesiástico, que examinó y descartó como caducos.

⁴² Es sorprendente que Jacques Heers, en su citado ensayo contra los supuestos prejuicios antimodernistas de la historiografía moderna, también quiera aprovecharse, entre otras, de las obras de Erwin

⁴³ Aún resultan provechosas las ideas de Charles Percy Snow (SNOW 1959-1960).

3. La simplificación, virtud pedagógica y no obstáculo a la verdad

Si algún reproche puede hacerse siempre a un manual o libro de texto es el de que presente las cosas simplificadas. Pero es como reprochar a un pigmeo que sea bajito, o a un nuer que sea alto, o lamentar que un abrigo sólo sirva bien en el invierno: es su propia naturaleza. Los tópicos y las síntesis son necesarios y oportunos en determinadas fases de la enseñanza. Toda investigación minuciosa y rigurosa de cualquier experiencia histórica llevará siempre a matizaciones que pulverizarán cualquier *topos*, por correcto que sea en términos generales. Porque toda experiencia histórica es también una experiencia humana colectiva, y toda experiencia humana colectiva algo dilatada, aunque pueda ser simplificada estadísticamente bajo la ley de los grandes números, es proteica y en esencia inclasificable. No es el carácter de simplificación de los manuales lo que podemos o debemos discutir. Una simplificación, e incluso un vulgar lugar común, no es una mentira, ni en el sentido de una exageración. El estudio de la historia proporciona innumerables ocasiones de desmentido de lo que una visión superficial y esquemática encontraría plausible. Así, puede ser que muchos se sorprendan al descubrir que el jabón es un invento de los bárbaros, o el libro uno medieval. Incluso los textos de historia más elementales generalmente aportan esta clase de desmentidos, y no es cuestión de rasgarse las vestiduras vociferando que una supuesta caterva de escritores «ignorantes», «darwinistas» y «anticlericales» han estado falsificando la historia —sugiriendo además absurdamente que los dos últimos epítetos son equivalentes al primero. Una de las afirmaciones más extravagantes que se pueden leer a propósito de algún hecho medieval en una obra para niños es la de que Carlomagno «nunca había aprendido a escribir otra

cosa que ¡su nombre!»⁴⁴. Pero se trata de un dicho anecdótico y casual y no de ningún síntoma absurdo de hostilidad a la cultura medieval.

Un libro escolar puede muy bien mencionar el hecho de que cuando Colón propuso navegar hacia occidente hasta las Indias algunos le contestaran que entonces podría caer por el borde del planeta; generalmente añadirán que los hombres más sabios reconocían la esfericidad de la Tierra. Con aquella afirmación, el manual no dice nada falso. Y no se puede pedir mucho más a un manual, por cuanto la clarificación del caso no vendría de insistir en la certeza de los sabios sobre la redondez de la Tierra, sino en las viejas discusiones acerca de la existencia de los antípodas. En efecto, si la esfericidad fue reconocida por la mayoría de los teólogos, en cambio fueron condenados quienes, como Virgilio, obispo de Salzburgo, afirmaban que podían existir antípodas. Se comprendía bien la redondez; lo que ya no podía comprenderse en aquella época era que alguien pudiese llegar al otro lado del mundo y colocarse cabeza abajo sin caerse. El examen de la historia de estos problemas no se adecua a la naturaleza de un libro de texto escolar. Por lo demás, aun si tal historia se expusiese, nada podría evitar la conclusión de que los tiempos medievales, si bien trajeron un cierto progreso en algunas otras cosas, fueron malos para las ciencias naturales.

He aquí lo que podría resultar al intentar sintetizar parte de aquella problemática, la que se refiere a la redondez de la Tierra, dejando aparte la cuestión de los antípodas, pero sin renunciar absolutamente al rigor documental:

⁴⁴ BARILLÉ 1978: 16. El autor del texto infantil tiene la precaución de precisar «según la tradición», pero no tiene en cambio el prurito de aclarar que tal tradición carece de fundamento.

En los primeros siglos del cristianismo hallamos a unos pocos padres de la Iglesia combatiendo la idea de una Tierra esférica y temerosos de que se discutiesen las Sagradas Escrituras; me apresuro a decir que, además de ser pocos, hay en ellos no sólo hostilidad, sino casi un puro desdén por la cuestión, que consideran ociosa respecto a los verdaderos problemas espirituales o morales del hombre. Es el caso de Eusebio, Basilio de Cesarea⁴⁵, Lactancio, Juan Crisóstomo o Efraem Syrus. La actitud intelectual de los primeros padres de la Iglesia, y en particular de San Basilio, es encomiada por Gabriel Compayré. Este autor considera que fueron San Agustín y San Atanasio quienes, a diferencia de San Basilio de Cesarea o San Juan Crisóstomo, censuraron ásperamente las enseñanzas paganas; que hubo entonces «progreso para la fe» y «decadencia para todo lo demás»⁴⁶. En aquellos primeros tiempos de cristianismo hubo otros pensadores más comprometidos con el razonamiento científico, que no se limitaban a condenar la idea de la esfericidad simplemente porque contradijera el libro sagrado, sino en base a juicios más o menos lógicos. Así, Teófilo de Antioquía y Clemente de Alejandría llegaban a conclusiones opuestas. La teoría de la Tierra plana defendida por Teófilo culmina, en el siglo VI, en la *Topografía cristiana* de Cosmas Indicopleustes, donde se asegura que la Tierra es una especie de paralelepípedo recto de escaso tamaño, y que la misma forma posee todo el universo⁴⁷. Que la Tierra es un rectángulo plano lo sugieren la expresión

«los cuatro extremos de la tierra», que se halla en el Apocalipsis 7.1 y en Ezequiel 7.2, «los cuatro vientos del cielo» en Zacarías 6.5 y «los cuatro cabos del cielo» en Jeremías 49.36⁴⁸. La obra de Cosmas parece haber sido bastante ignorada en la Edad Media, e incluso ridiculizada —por Juan Filoponus—, pese al relativo énfasis que en ella pone Andrew Dickson White⁴⁹. Pero no sería justo acusar a White, como ha hecho Russell, de querer exagerar el irracionalismo de los teólogos medievales, porque este autor también se refiere a quienes, como Clemente y Orígenes, defendieron la esfericidad: San Ambrosio y San Agustín toleraron esta idea «pagana», y mucho después de Cosmas la adhirieron San Isidoro, San Alberto Magno, Santo Tomás, Dante y Vincent de Beauvais, entre otros. También Humboldt da cuenta pormenorizadamente de todos estos autores, y particularmente de sus aportaciones a la cosmografía anterior a Colón⁵⁰. Hallamos un sensible retroceso intelectual en las condenas de Lutero, Melancthon, Calvino e incluso Zwinglio, que adhirieron literalmente los textos bíblicos; Calixto III sería denunciado como herético por atreverse a cuestionarlos en este extremo.

Pero según Russell los autores medievales consideraron los textos bíblicos en un sentido alegórico siempre que parecían contradecir la evidencia científica⁵¹, y para aquilatar esa sorprendente afirmación es capaz de aludir, sin resolverlo críticamente, al problema de la falacia intencional⁵². Pretende persuadirnos de que la actitud

⁴⁵ De un modo bastante jesuítico, Russell considera a Basilio partidario de la esfericidad, o en todo caso tolerante e indiferente con respecto a las conclusiones de los filósofos, que por referirse al mundo físico y no al espiritual, no pueden entrar en contradicción con —o son irrelevantes para— los intereses religiosos (cf. RUSSELL 1991: 21).

⁴⁶ COMPAYRÉ 1879: 48 y ss. Un juicio mucho más hostil a la dudosa influencia del cristianismo en la educación se encuentra en IS-SAURAT 1886: 57 y ss.

⁴⁷ MCCRINDLE 1887; WINSTEDT 1909; WOLSKA 1962.

⁴⁸ RAY 1951: 610.

⁴⁹ WHITE 1898 (cap. II, «Geography», § 1, «The form of the Earth»).

⁵⁰ Un curioso e interesante elogio del racionalismo y empirismo de Dante se encuentra en OZANAM 1838: 257 y ss., y espec. 264, donde trata al poeta como a un precursor de Colón y de Newton.

⁵¹ RUSSELL 1991: 21.

⁵² RUSSELL 1991: 88, n. 58.

más común entre los teólogos medievales fue la de San Agustín, según la cual la Biblia contiene las verdades esenciales para la salvación, y no detalles geográficos, que para nada interesan al cristiano, y por tanto los filósofos son libres de asignar al planeta la forma que deseen sin entrar en ninguna posible contradicción. (Nótese el anacronismo que comete Russell: atribuye a los primeros teólogos convicciones típicas del averroísmo latino; estrategia verdaderamente jesuítica, toda vez que incluso la doctrina de la doble verdad sería en su tiempo condenada por herética.) Añade Russell que lo que los autores de la Biblia querían significar con «piel extendida» o «tienda» era una *afirmación moral* y no *geográfica*, y que debemos tomar los textos sagrados como metáforas⁵³, pero sería difícil encontrar en los teólogos medievales una aprobación de semejante tesis. Lo más grotesco es que, aun si tuviese razón en sus erísticas conclusiones, Russell no habría logrado disipar nuestra idea de lo sumamente irracional que debió de ser una época en la que ni la geografía ni ninguna otra ciencia tenían el más mínimo interés, pues en nada contribuían a la salvación eterna.

Nada de lo que explicaron Letronne o White entra en contradicción con la síntesis habitual de un libro de texto: *durante la Edad Media muchos (jamás se dice «todos») creían que la Tierra era plana; el viaje de Colón —pero sobre todo el de Magallanes-Elcano— demostró definitivamente (i.e. experimentalmente) la redondez del mundo* (es decir, hasta entonces había sido una conjetura más o menos bien fundada, defendida quizá por la mayoría de los sabios, pero despreciada o incluso condenada por la mayoría de los teólogos). En resumidas cuentas, tras haber dedicado unos cuantos días a rastrear la historia de aquellas concepciones cosmográficas, y también el modo en que los historiadores moder-

nos la han explicado, ninguna persona sensata descubriría que todo cuanto un manual enseña es una simplificación ni burda ni embustera.

Ernst Gombrich proponía no hace muchos años un ejercicio de síntesis radical, ni más ni menos que la elaboración, no ya de un *catecismo*, sino de un *credo* para la historia del arte, es decir, un resumen en una página de una serie de acontecimientos significativos que vertebran nuestra inteligencia de la historia del arte y la cultura occidentales —de la misma manera que para la religión el *credo* es la síntesis del *catecismo* y éste, a su vez, es síntesis de la *summa* que comprende toda la teología⁵⁴. Es una propuesta pedagógica y culturalmente interesante⁵⁵; podría servir para contrarrestar la manía hipercrítica —que equivale a hipocrítica— de autores como Heers y Russell, que induce en los estudiantes de historia una conducta que posiblemente les capacita para utilizar su alta suspicacia en el rechazo de cualquier tópico, pero al mismo tiempo les impide elaborar constructivamente hasta la más mínima ilación o elección crítica de hechos relevantes.

Las protestas de «rehabilitación» de la Edad Media han sido tan numerosas e ininterrumpidas desde el momento mismo en que parece ser que se «inventó», que podemos dudar no sólo de la oportunidad, sino del sentido mismo de cualquier otra protesta más. La historia medieval es una enseñanza consolidada, susceptible

⁵³ RUSSELL 1991: 23.

⁵⁴ GOMBRICH 1961. Por cierto, en el mismo lugar usa Gombrich la expresión “Edad de las Tinieblas”, justamente para destacar el heroico papel que en tiempos tan hostiles a la cultura jugaron unos pocos clérigos cultos que, como San Isidoro, no se avergonzaron de escribir compendios sencillos de los conocimientos esenciales.

⁵⁵ No se trata de una libre y personal expresión poética como la del célebre «Credo» del periodista y humorista venezolano Aquiles Nazoa («Creo en Pablo Picasso, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...», etcétera), sino de un ejercicio de rigurosa selección histórico-cultural.

de ser muchas veces corregida, pero difícilmente impugnada.

Bibliografía

ALONSO DEL REAL, C. (1971). *Superstición y supersticiones*, Madrid: Espasa-Calpe.

AZNAR, J.M. (2004). «Seven theses on today's terrorism» [documento en línea], discurso inaugural en la Universidad de Georgetown, New York, 21 de septiembre de 2004.

www3.georgetown.edu/president/aznar/inauguraladdress.html

BACON, F. (1858). *Novum Organum* [escrito entre 1608 y 1620]. In: Speding, J.; Ellis R. L.; Heath, D. D. (ed. y comp.). *The Works of Francis Bacon*, vol. 1. London: Longman and Co./Simpkin and Co./Hamilton and Co./Whittaker and Co./J. Bain/E. Hodgson/Wahsbourne and Co./Richardson Brothers/Houldston and Co./Bickers and Bush/Willis and Sotheran/J. Cornish/L. Booth/J. Snow/Aylott and Co.

BARILLÉ, A. (ilustr.). (1978). *Érase una vez... el hombre*, vol. 17. Barcelona: Planeta-De Agostini.

BLOY, L. (1884). *Le révélateur du globe, Christophe Colomb et sa béatification future* (pref. de J. Barbey d'Aureville). Paris: A. Sauton.

BLOY, L. (1890). *Lettre encyclique à tous les évêques de la France, les priant de plaider la cause de la béatification de Christophe Colomb auprès de la cour de Rome* [4 págs., en latín]. Paris: [Sin editor], 4 de octubre de 1890.

BLOY, L. (1902). *Exégèse des lieux communs*. Paris: Société du Mercure de France.

BUENO, G. (1996). *El mito de la cultura*. Barcelona: Prensa Ibérica.

CARRÉ, I. (1880). *Essai de pédagogie pratique (Souvenirs de dix ans d'inspection)*. Charleville: Édouard Jolly/Leroy-Mailfait.

COLÓN, F. (1571). *Historie del S.D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha particolare, & vera relatione della vita, & de' fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre... etc.* Venezia: Francesco di Franceschi Sane-se.

- COMPAYRÉ, G. (1879). *Histoire critique des doctrines de l'éducation en France depuis le seizième siècle*, vol. 1. Paris: Librairie Hachette et Cie, 1904 (7^a ed.).
- COMPAYRÉ, G. (1887). *Cours de pédagogie théorique et pratique*. Paris, Librairie classique Paul Delaplane, 1897 (13^a ed.).
- COMPAYRÉ, G. (1889). *Psychologie appliquée à l'éducation*, vol. 1 (*Notions théoriques*). Paris: Librairie classique Paul Delaplane, 1890 (3^a ed.).
- COMPAYRÉ, G. (1890). *Organisation pédagogique et législation des écoles primaires (Pédagogie pratique & administration scolaire)*. Paris: Librairie classique Paul Delaplane.
- CHASTEAU, L. (1887). *Rédactions pédagogiques: Sujets traités & à traiter [ouvrage faisant suite à tous les cours de pédagogie et particulièrement à celui du même auteur]*. Paris: Librairie Picard-Bernheim et C^{ie}.
- CHAUMEIL, J. (1885). *Manuel de pédagogie psychologique*. Paris: Librairie classique Eugène Belin, 1886 (2^a ed.).
- DURKHEIM, E. (1893). *De la division du travail social*. Paris: Félix Alcan.
- FARMAN, J. (1998). *La superbreu historia de l'Edat Mitjana*. Barcelona: Molino.
- FEYNMAN, R.Ph. (1985). *¿Surely You're joking, Mr. Feynman? (Adventures of a curious character)*. New York: W.W. Norton.
- FOCILLON, H. (1938). *L'art d'Occident: Le Moyen Âge roman et gothique*. Paris: Armand Collin.
- FOUQUEAU DE PUSSY, J.J. (1847). «*Histoire des mœurs et de la vie privée des Français: usages coutumes, institutions, physionomie de chaque époque, etc., etc., depuis l'origine de la monarchie à nos jours; par Émile de la Bedollière, t. I^{er}, Chez Victor Lecart...*», etc. (Premier article). *Journal des demoiselles*. vol. 15, 198-200.
- FROBENIUS, L. (1921). *La cultura como ser viviente: Contornos de una doctrina cultural y psicológica*. Madrid: Espasa Calpe.
- GABRIEL, E. (1921). *Manuel de pédagogie à l'usage des écoles catholiques*. Tours-Paris: Maison A. Mame & fils/J. de Gigord.
- GOMBRICH, E.H. (1961). «The tradition of general knowledge». In: BUNGE, M. (ed.). *The critical approach to science and philosophy*. New York: Free Press of Glencoe, 1964, 442 y ss.

- GRÉARD, O. (1889, 2ª ed.). *Éducation et instruction: Enseignement secondaire, II*. Paris: Librairie Hachette et C^{ie}.
- HARRIS, M. (1974). *Vacas, cerdos, guerras y brujas: Los enigmas de la cultura*. Madrid: Alianza.
- HEERS, J. (1992). *Le Moyen Âge, une imposture*. Paris: Librairie académique Perrin [trad. esp.: *La invención de la Edad Media*. Barcelona: Crítica. 1995].
- HUMBOLDT, F. W. H. A. v. (1834). *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América: Historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI*, vol. 1. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando.
- ISSAURAT, C. (1886). *La pédagogie, son évolution et son histoire*. Paris: C. Reinwald.
- Journal des demoiselles* (1847). Mme J.J. FOUQUEAU DE POUSSY (directora, 1833-1852). vol. 15. Paris: [Sin editor]. 1833-1922.
- KLINE, M. (1973). *El fracaso de la matemática moderna*. Madrid: Siglo XXI.
- LAFARGUE, P. (1883). *Le droit à la paresse: Réfutation du «Droit au Travail» de 1848*. Paris: Henry Oriol.
- LAS CASAS, B. de. (1875). *Vida de Cristóbal Colón* [excerpta de la *Historia general de las Indias*, escrita c. 1560, publicada en 1875]. Caracas: Biblioteca Ayacucho. (Ed. André Saint-Lu).
- LAVISSE, E. (1885). «L'enseignement de l'histoire à l'école primaire». In: LAVISSE, E. *Questions d'enseignement nationale*. Paris: Armand Colin.
- LE GOFF, J. (1996). *Europa explicada als joves*. Barcelona: Anagrama/Empúries.
- MARX, K. (1867). *El capital: Crítica de la economía política*, vol. 1. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- MAYER, A. (1981). *The persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*. New York: Pantheon Books.
- MCCRINDLE, J.W. (1887). *The Christian Topography of Cosmas, an Egyptian Monk*. New York: Burt Franklin.
- MONOD, G. (1900). «L'enseignement supérieur de l'histoire dans les universités». In: PICAVET, F. (ed.). *Troisième Congrès International d'Enseignement Supérieur* [tenu à Paris du 30 juillet au 4 d'août de 1900: Introduction, rapports préparatoires, communications et discussions]. Paris: A. Chevalier-Marescq & C^{ie}.

- ORTEGA Y GASSET, J. (1937). «Prólogo para franceses». In: ORTEGA Y GASSET, J. *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente.
- OZANAM, F. (1838). *Essai sur la philosophie de Dante [Thèse pour le doctorat présentée à la Faculté des lettres de Paris]*. Lyon: E. Vitte. (Ed. James Condamin).
- PEYRAT, E.N. (1865). *À travers le Moyen Âge*, Paris: Grassart.
- PUJOL, J. (1996). *Catalunya Espanya*. Madrid: Espasa-Calpe.
- RAY, C.N. (1951). «The rectangular earth». *Science*, vol. 113, 610.
- RENAN, E. (1882). «Qué es una nación». In: RENAN, E. *¿Qué es una nación? Cartas a Strauss*. Madrid: Alianza.
- RIEGL, A. (1992). *El arte industrial tardorromano (1901)*. Madrid: Visor.
- RUSSELL, J. B. (1989). «The flat error: The modern distortion of medieval geography». *Mediaevalia (A journal of medieval studies)*, vol. 15, 337-353.
- RUSSELL, J. B. (1991). *Inventing the Flat Earth: Columbus and modern historians*. New York: Praeger.
- SNOW, Dh. P. (1959-1960). *Les dues cultures i la revolució científica*. Barcelona: Edicions 62. (Trad. y epílogo de Jordi Solé-Tura).
- SPENCER, H. (1861). *De l'éducation intellectuelle, morale et physique*. Paris: Félix Alcan (Ancienne Librairie Germer Baillière et C^{ie}).
- TAINÉ, H.A. (1876). *Les origines de la France contemporaine*, vol. 1. París: Librairie Hachette et C^{ie}.
- TAYLOR, P. J. (1976). «An interpretation of the quantification debate in British geography». *Transactions Institute of British Geographers, New Series*, vol. 1, núm. 2, 129-142 [trad. esp.: «El debate cuantitativo en la geografía británica», en *Geo-Crítica [Cuadernos críticos de geografía humana]*, Barcelona, núm. 10, agosto de 1977, pp. 5-24].
- VALDEÓN BARUQUE, J. (2004). «La desmitificación de la Edad Media». In: NICOLÁS MARÍN, E.; GÓMEZ HERNÁNDEZ, J. A. (coord.). *Miradas a la historia: Reflexiones historiográficas en recuerdo de Miguel Rodríguez Llopis*. Murcia: Universidad de Murcia (Servicio de Publicaciones).
- WHITE, A. D. (1898). *A History of the Warfare of Science with Theology in Christendom*, 2 vol. New York: D. Appleton and Company.

WINSTEDT, E. O. (1909). *The Christian Topography of Cosmas Indicopleustes*. Cambridge: The University Press.

WOLSKA, W. (1962). *La Topographie Chretienne de Cosmas Indicopleustes*. Paris: P.U.F.